

TEJIDO DE PALABRAS

Reyna Barrera

La obra *Tiempo de miedo* de la dramaturga Gabriela Ynclán¹ ha sido llevada a una realización plena por Tepalcate Producciones A.C y el apoyo de Conaculta –Cenart, bajo la dirección de Edna Ochoa, conocida por su estupenda dirección de *La Boda de la Mujer Maravilla*. En *Tiempo de miedo*, su desempeño ha ido al terreno de la meta ficción al centrar y ajustar en un encuentro de vidas y caminos a personajes que fueron, que son o están por desaparecer. Realizan acciones y diálogos con sobreentendidos de violencia a un tiempo de inmovilidad e impotencia.

El escenario desnudo sólo contiene un remanente, sin ramas, hojas o raíces: un tronco, residuo inevitable del árbol que fue sinónimo de vida y esplendor. Marca de un cruce de caminos de los que se sabe no tienen origen ni fin. A mitad de la tarde llega de lejos una mujer joven con mochila a la espalda y al mirar el paisaje, indemne, registra los cuatro puntos cardinales; en el momento en que está por buscar algo o a alguien, se encuentra a otra mujer de mayor edad como si estuviera esperando un camión que la lleve fuera de ese ambiente, de inmediato se reconocen con dificultad una y otra. Luego llegarán dos más. En el encuentro de mujeres, ellas son: Amanda, Chayo, Esther y Ethelvina, mujeres que vivieron bajo el mismo techo y que fueron usadas por el mismo individuo. Personajes actuados por Susana Romero, Gloria Obregón, Guadalupe Martínez y Gloria Andrade.

Poco importa en esta obra la relación de parentesco que los personajes femeninos tienen, lo determinante es que ellas convivieron bajo la égida de un seudocapataz, señor de rancho y espuela, dueño de tierras y de siembras, de animales y mujeres a las que trata de manera utilitaria; una de ellas es su esposa, con quien ha tenido un hijo. Ellas han sido adquiridas a cambio de tierras en época de sequía y como las anteriores, la más joven es la novia del hijo del dueño de la casa, quien la compró para sí.

Como si las mujeres fueran sus concubinas, el hombre las administra según su beneficio, de modo que además las violenta y martiriza como si para él fuese un ritual necesario que acompañara el coito; sin separar relación amorosa o de parentesco, el maltrato es igual, con el señalamiento de que las otras son testigos. Toda esta

historia, con los detalles anexos, se da a conocer por medio de sus broncas y riñas; actitudes que cambian el tono de los diálogos y el movimiento de las actrices, que están por alinearse al punto de fuga, mientras los espectadores se preguntan ¿qué va a pasar?

El tiempo se suspende junto al horcón donde alguna de ellas pone la cabeza para descansar de tanta reprensión, de aquello que no se puede dilucidar y donde la conversación a la que se ha agregado la esposa del criminal, trayendo la noticia de que éste ha muerto y que las necesita a ambas para darle sepultura, se detiene, se vuelve estática y los espectadores sienten como las luces aminoran, la noche se anuncia y ellas tendrán que regresar juntas al pueblo, algo que además parece imposible, ya que su único deseo es el de escapar, de borrar el pasado, de cambiar lo sucedido por otra razón.

El diálogo es efervescente, cada vez los personajes femeninos aumentan datos necesarios para comprender de qué hablan estas mujeres que como tres atroces personajes se reparten el recuerdo para hacer de él un tejido cómodo para aquella que logre establecer el orden de las acciones, el individuo al que odian, dónde y cómo o con que palabras encerrarlo en su odio y tal vez aprisionarlo en una venganza justa. Pero el lenguaje carece de las palabras necesarias para reconocerse ante ellas mismas y reajustar al violador en un lugar donde le llegaran los escupitajos.

Porque el hombre que las avasalló no ha muerto, sobrevive agónico e impotente ante una soledad justiciera pero no definitiva, en el momento en que la que se dice su esposa declara que lo ha abandonado a su suerte, ya que ella, además del contenido sexual de humillación y las traiciones realizadas por él, asegura que es el responsable de la infelicidad del hijo, a quien dejó sin prometida, razón por la cual éste se fue o tal vez huyó para salvar su vida. Texto que dice con frases planas, sin intención.

Así que las mujeres nada tienen, se les pierden los hilos, no pueden atarlos, mucho menos cortarlos, en el telar de su vida no hay nada en donde descansar el sufrimiento, las lesiones no se borran jamás, sólo ellas son capaces de arrostrarlas silenciosamente, al haber sido tomadas con violencia, perdiendo para siempre el saber que una relación sexual es un privilegio de vida y una construcción de

¹ Gabriela Ynclán. Dramaturga mexicana, reconocida autora de *Cuarteto con Disfraz y Serpentinás*, *Podrías llamarte Antígona*, *Las Peores*, *Y si sí*, entre otras de sus obras.



felicidad y satisfacción. Una mujer que ha sido violada rara vez recobra la gozosa entrega.

La que regresa jamás podrá olvidar ni ante sí misma que fue objeto sexual de quien la tomó aún antes de llegar a la adolescencia y le negó la posibilidad de crecer, de reconocer una infancia, ya sea feliz o no. Las niñas pierden el significado de niñez, porque alguien las arrastró o engañó dolosamente para evitar su debido tiempo, mientras tanto ellas se duelen no sólo de sí mismas, sino también del padre que las engendró.

La madre dice que como esposa mantuvo una vida vacía, sin satisfacción ninguna, para permitir la vida de su hijo, el que pudiera haber sido una copia del padre o un vengador de su madre. Tener hijos así hace de la mujer un objeto sin valor propio para ella y los demás.

La mujer vecindada, que vive allí en el papel de sirvienta o de “la otra”, es insuficiente para satisfacer todos los deseos sexuales del señor y por tanto actúa de querida y de cómplice del sádico quien con absoluta libertad realiza actos nefastos y brutales como el martirio de amarrar a las jóvenes a estacas en el patio de su casa, azotarlas y violarlas hasta terminar en el brutal asesinato de la jovencita que había comprado para él, con pretexto de ayudante de sirvienta.

Así, durante todo el tiempo se está escuchando a las acusadoras y víctimas del abusador, de su situación y de la confesión de estas mujeres que no tienen palabras, ni juicios, ni recursos legales, porque todo lo ignoran y a todo le temen, porque lo que han vivido no se lo han contado a nadie, ni lo dirán ya que pesa sobre ellas una actitud inhumana cuando no hicieron nada por la jovencita que el hombre mató y enterró en el mismo patio de la casa.

El espectador parece que ya no espera nada, el drama ha sido total, vive en un lugar donde no existe la justicia, ni la

ley ni la honestidad, los valores han sido olvidados, se une al sentimiento que albergan los tres personajes en escena, cuando se oye una delicada voz y aparece el espíritu de la cuarta mujer, una dulce adolescente que cruza el escenario, cantando, allá al fondo como auténtico fantasma que les ofrece unas palabras de consuelo y de olvido.

Llevar al escenario tales lineamientos empapados en la sangre de lo sucedido y mantenerlos junto a las raíces del árbol cercenado, es una proeza. Edna Ochoa levantó un verdadero paredón a donde ir a contar las culpas, las penas de ser mujer. Ante ese paredón trazó la silueta del criminal, una sombra que atraviesa siglos de injusticias hacia la vida de miles de mujeres. Nada más con hablar, con decir cómo fue, cómo perdieron su esencia femenina y dejaron de ser. La directora cuida rigurosamente cada frase, cada palabra echada al vuelo, así como se cuida el movimiento escénico de una coreografía, al situar a las palabras en su debido lugar, sin que tengan mayor escenografía que el tono y la emoción contenida en un exacto decibel para lograr que las palabras por fin sean escuchadas, que la denuncia entre por la puerta principal, suba al escenario y señale. Ese portento al decir a tres voces una sola verdad: la violencia es un asunto de la mayor trascendencia, mucho más que los agujeros de brujas shakesperianas derrumbando un reinado. ■

Reyna Barrera López (México, 1939). Escritora mexicana. Doctora en Letras por la UNAM. Maestra del Colegio de Ciencias y Humanidades y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, maestra en la UAM Iztapalapa y en la UAM Azcapotzalco. En 1987 obtuvo el Premio Plural en Ensayo y en 1997 el Rubén Bonifaz Nuño, en Poesía. Presidente de la AICT (Asociación Internacional de Críticos de Teatro), Sección México. Desde 1985 columnista del periódico *Unomásuno* y colaboradora del suplemento *Sábado*. Por su contribución a la cultura recibió el *Morelos de Bronce*, otorgado por el Instituto de Cultura del Estado de México en 2001, así como la *Medalla del ITI UNESCO* en 2002. Entre sus publicaciones más recientes, se encuentran *Luna Plena* (2008) y *Luna Zoológica* (2010) de poesía; y *Zona de Teatro* (2008) y *Zona de teatro y letras* (2011) en ensayo.